

¿Nacidos para perder?

Los recientes sucesos acaecidos al interior del FMLN y protagonizados por sus liderazgos históricos ponen al descubierto las dificultades de este partido para convertirse en una alternativa plausible para muchos ciudadanos. En el lapso de un mes y medio, el Frente se propuso estar en el punto más alto de discusión en la opinión pública, pero a diferencia de lo que cualquiera hubiese esperado, no lo hizo para favorecer su imagen, lo hizo para precipitarla de cara a los ciudadanos.

Pongamos en perspectiva los hechos. En una marcha organizada por diferentes organizaciones sociales con motivo de la celebración de la independencia nacional, y acompañada por algunos dirigentes del Frente, un grupo de manifestantes se dio a la tarea de celebrar los atentados terroristas del 11 de septiembre en los Estados Unidos al tiempo que vitorearon las acciones del supuesto responsable de los mismos. Las acciones fueron desde las habituales y ya tradicionales acciones de pinta y pega a lo largo de las calles y avenidas recorridas, con frases aplaudiendo el atentado, hasta el acto simbólico de quemar la bandera estadounidense en el centro de la ciudad y ante la mirada de curiosos y las cámaras de la prensa. Los dirigentes del FMLN que acompañaron la marcha no se preocuparon por deslindarse de esas acciones en un primer momento; cuando, por el contrario, los medios expusieron las implicaciones del asunto y la opinión pública volvió su mirada requiriendo explicaciones, éstas fueron desde responsabilizar a infiltrados de la OIE —lo cual se está volviendo en la justificación más frecuente en los últimos meses—, hasta la explicación sin más de que los dirigentes que acom-

pañaron la marcha no tienen control sobre las acciones que ocurren concomitantemente a la marcha.

Paralelamente y como parte de las reacciones que generaron los atentados del 11 de septiembre, la fracción legislativa del FMLN —al menos sus jefes— enviaron una misiva a la Embajada Americana condenando los hechos ocurridos en los Estados Unidos pero sugiriendo que los mismos son un producto de la política exterior norteamericana en el pasado y recordando que las acciones terroristas también tienen como protagonistas a estados y gobiernos de cualquier signo. Aunque algunos diputados de la bancada de izquierda, en concreto los identificados con la corriente renovadora, se apresuraron a desligarse de esa misiva, eso no tardó en tener impacto entre los diplomáticos norteamericanos y la carta fue pronto puesta a la vista del público por medio de la prensa. Ésta última se encargó no sólo de reportar la acción del Frente, sino que además hizo ver repetidamente la torpeza política del mismo para poder comunicarse con la Embajada y con una potencia que estaba especialmente susceptible buscando aliados incondicionales e identificando los grupos hostiles. Así, la falta de perspicacia política por parte de los responsables del FMLN para adelantar las consecuencias de sus acciones, aunque honestas, sumada a la insistencia de la prensa nacional en redimensionar el hecho desde la perspectiva estadounidense y no local, estimuló una imagen negativa del Frente.

Con la contribución de los medios de comunicación, sobre todo de aquéllos más vinculados al

bloque gobernante, los sucesos anteriores tuvieron un impacto claro en la opinión pública. En primer lugar, la mayoría de la gente no vio con buenos ojos las acciones del 15 de septiembre y en algunos de ellos, el discurso atomizador de la existencia de la vocación terrorista entre la izquierda volvieron a llenar las mentes de algunos ciudadanos. Buena parte de los ciudadanos salvadoreños están de acuerdo con las ideas expresadas por la gente del FMLN de que aunque los atentados son condenables desde cualquier punto de vista, los Estados Unidos están experimentando los frutos de su política exterior. A pesar de esa opinión que es completamente compartida por varios salvadoreños, mucha gente no vio con buenos ojos la falta de tacto político que significó la misiva y más gente aún rechazó de forma tajante las acciones en la manifestación del 15 de septiembre.

En una encuesta realizada por el Instituto Universitario de Opinión Pública de la UCA a finales de septiembre y durante el mes de octubre, el 67.5 por ciento de los salvadoreños criticaron la decisión de la fracción legislativa de enviar la carta a la Embajada Americana, mientras que un 21 por ciento estuvo de acuerdo con ello; pero un 88 por ciento, esto es, nueve de cada diez, reprochó el acompañamiento de los dirigentes del Frente a la manifestación del Día de la Independencia, en tanto que sólo un 2.5 por ciento apoyó esas acciones y el resto se mostró completamente indiferente.

Esto facilitó enormemente la campaña de desprestigio que llevan a cabo algunos medios de comunicación y algunos agentes del partido ARENA en contra del FMLN —eso sin mencionar el potencial que tiene ese tema en época electoral—. En primer lugar, se transmitió y se enfatizó la idea de la poca capacidad del Frente para anticipar las repercusiones políticas de sus acciones —algo con lo cual es difícil estar en desacuerdo—; en segundo lugar, se asoció al terrorismo con las acciones del Frente y se resucitaron con ello los viejos e ideologizados temores de que el partido de izquierda apoya el terrorismo —una visión que aún subsiste en la derecha más proterva del país—. Esta campaña ha probado ser efectiva para influir en la opinión pública. La misma encuesta del IUDOP reveló que el 75 por ciento de los ciudadanos cree que en el país existen grupos que apoyan el terrorismo y de estos, el 45 por ciento (de los que piensan que hay grupos terroristas en el país) considera que tal grupo es el FMLN. Esto sin duda no ha

ayudado a mejorar la imagen del FMLN y menos aún a que ciertos sectores se acerquen a él.

Pero los desaciertos del mayor partido de oposición no terminaron ahí, así como tampoco terminaron ahí los esfuerzos de sus adversarios para desprestigiarlo frente a la opinión pública. El primer día de octubre, el Tribunal de Honor anunció a la prensa —antes de comunicárselo al propio implicado— que Facundo Guardado había sido expulsado del FMLN por promover la división del partido y por haber descatado a un organismo de dirección del partido, entre otras cosas. En realidad, Guardado venía sosteniendo una postura de provocación institucional al interior del FMLN desde hace varios meses, lo cual había provocado que el mismo sector de los renovadores enfrentara serias deserciones que también habían sido ventiladas públicamente. Pero más allá de discutir sobre la validez de estas acusaciones y sobre la dimensión del castigo impuesto, está claro que la decisión de expulsar a uno de los dirigentes históricos de este partido mostró a la sociedad salvadoreña la complejidad y el enconamiento de las diferencias de ese partido de izquierda.

La decisión de expulsar a Facundo Guardado no sólo se constituyó en la primera plana y en los titulares de toda la prensa nacional, sino que además desató una oleada de acusaciones y contraacusaciones al interior del FMLN. De la noche a la mañana, la radio, los periódicos y la televisión —sobre todo estos dos últimos— se llenaron de las declaraciones de diversos miembros del FMLN apoyando o rechazando la expulsión. Durante varias semanas, los miembros del Frente sólo estuvieron en los medios para descalificar a otros correligionarios, para amenazar con nuevas expulsiones o para provocar al bando contendiente dentro del partido. Revolucionarios-socialistas, renovadores, terceristas y cualquier cantidad de subgrupos dentro del FMLN aparecieron para criticar y desautorizar a los otros; las posturas de moderación y de llamado a la calma fueron las menos comunes, dado que las acusaciones de los otros rápidamente derivaban en la necesidad de réplica. En el punto más agudo de la disputa, el FMLN apareció votando dividido en la Asamblea Legislativa.

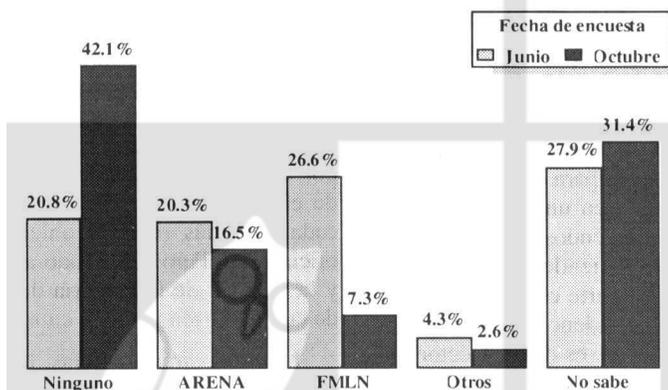
Y todo eso fue ampliamente cubierto y, desde cierta perspectiva, estimulado por la prensa. Junto con las noticias acerca de los pleitos intestinos dentro del FMLN habían tres o cuatro ideas que constantemente acompañaban la crónica de los su-

dría, casi sin oposición, en la competencia política nacional. Sin embargo, es necesario considerar esta coyuntura dentro de una perspectiva temporal para saber qué ha pasado y qué está pasando con la alineación de fuerzas políticas en la segunda mitad del año 2001. Y esto lo permite la comparación con los resultados de la última encuesta de índole político realizada por el IUDOP en junio de este mismo año.

De acuerdo a esos resultados, que también se exhiben en la figura, en junio del presente año, el porcentaje de personas que no se decantaban por la elección de partido político alguno era de un poco menos del 50 por ciento, un porcentaje por debajo del promedio de lo que suelen ser los nive-

les de indiferencia partidaria; pero vale destacar además que el porcentaje de rechazo pleno de los ciudadanos hacia los partidos era de no más del 21 por ciento, mientras que el porcentaje de indecisión era un poco más alto: casi 28 por ciento. En el ámbito concreto de las intenciones de voto partidarias, la encuesta de junio mostraba a un FMLN particularmente fuerte con un poco más del 26 por ciento de las intenciones de voto frente al 20.3 por ciento en el caso de ARENA y un 4 por ciento y algo en el resto de partidos políticos. Esa encuesta revelaba, por tanto, que el partido de izquierda tenía una ventaja de más de 6 puntos porcentuales sobre el partido de gobierno.

Intención de voto en junio y octubre de 2001



Fuente: Instituto Universitario de Opinión Pública, encuesta de octubre del 2001.

La comparación de los datos de las encuestas de junio y de octubre pone en evidencia que los respaldos políticos han cambiado mucho en el lapso de cuatro meses. En primer lugar, el porcentaje de personas que rechaza a los partidos políticos ha aumentado significativamente por más de 20 puntos porcentuales, eso provoca que la proporción de personas que no escogen partido pase del 50 a cerca del 75 por ciento; y, más relevante aún, en segundo lugar, la comparación permite ver que el FMLN se ha desplomado en las intenciones de voto de los ciudadanos y que eso le ha permitido a ARENA ocupar el primer lugar de las mismas con una amplia ventaja de quien hace sólo cuatro meses estaba a la cabeza de las opciones políticas del país. En tercer lugar, se puede advertir que ARENA ha sufrido también un proceso de erosión de

preferencias perdiendo cuatro puntos porcentuales en el lapso entre junio y octubre; esto significa que las diferencias a favor de este partido son sólo producto de la mayor caída que ha experimentado el FMLN y no de un aumento en el potencial arenero.

Esta caída tan abrupta en las preferencias electorales de parte del FMLN ofrece una idea del impacto que tuvieron los hechos ocurridos en septiembre y octubre de cara a la opinión pública. Aunque se debe tomar en cuenta que la encuesta de referencia fue hecha justo en el momento en que las disputas entre ortodoxos y renovadores estaban en su punto más alto —y más publicitado por la prensa—, lo cierto es que la caída del FMLN no puede ser pasada por alto en un mo-

mento en que tampoco ARENA está pasando por su mejor situación. La verdad es que ambos partidos enfrentan en octubre problemas para constituirse en alternativas atractivas para la población. Podría decirse que a ARENA lo que le está afectando es la imagen del gobierno y la serie de medidas impopulares que ha impulsado en las últimas semanas, mientras que en el caso del FMLN no parece existir otra explicación que la sucesión de desaciertos en sus acciones públicas. En el fondo, los desatinos han hecho más mella en este último que en el partido gobernante, en parte porque la mayoría de los medios de comunicación se han movido de forma discrecional a la hora de presentar los hechos, pero también porque los sucesos protagonizados por el FMLN han sido más escandalosamente públicos. En realidad, los medios de comunicación más alineados al gobierno no han tenido que hacer mucho esfuerzo para presentar a los dirigentes del Frente ultrajándose entre sí y acompañando una manifestación en la que se enaltece a Bin Laden.

Puesto así, es irónico, a pesar de todo, de que el FMLN haga todo lo posible para quedar mal frente a los ojos de la población en un momento en el cual ARENA está reconstituyéndose para enfrentar la amenaza que venía suponiendo la crecida del FMLN en las encuestas, en parte estimulada por el creencia de que el único presidenciable por el momento es alguien de izquierda, es decir, Héctor Silva. Efectivamente, es muy difícil comprender los últimos movimientos de ARENA si no se toma en cuenta que los mismos responden a una percepción clara de amenaza por parte del rival. Ninguna empresa cambia su junta directiva si las acciones de la compañía están en su valor más alto.

Las encuestas anteriores, tanto las de la UCA como las encargadas por los partidos políticos, habían estado mostrando que el FMLN estaba ganando espacios de forma significativa en amplios sectores de la población, ello en parte producto del continuado desgaste del gobierno acelerado por las promesas incumplidas por el terremoto, pero también producto del parecer cada vez más generalizado de que el próximo presidente de la república podría ser Héctor Silva. Los sucesos ocurridos en los últimos dos meses muestran, por el contrario, que el actual alcalde de San Salvador no cuenta con un partido unido ni con el apoyo claro del mismo, pero además muestran que en determinadas circunstancias es mejor lo viejo conocido que

lo nuevo por conocer. Y para una parte de los ciudadanos —la suficiente para ganar las elecciones—, ARENA termina siendo el camino menos malo en un cruce de vías en pésimo estado.

Lo que muestran las encuestas, resumido en la figura anterior, recuerda a la caída —no tan abrupta por cierto— que tuvo el FMLN cuando en 1998 se volvieron públicas las diferencias ideológicas al interior del partido justo en las convenciones para elegir a los candidatos de la elección de 1999. Meses antes de las convenciones, el FMLN —aún saboreando el avance en las elecciones de 1997— se encontraba virtualmente empatado con ARENA y mucha gente veía a aquel partido como el más probable ganador de las presidenciales de 1999. Las convenciones del FMLN, con los conflictos entre las tendencias y con la nominación de una fórmula frágil, cuyo mayor logro era mantener la unidad del partido, echaron al traste esas pretensiones. Ahora la historia parece repetirse de igual modo, sólo que agravada por un contexto mundial y nacional más complejo y más tenso, agravada también por una derecha más asustada —la ansiedad por el resultado electoral nicaragüense es prueba de ello— y por un poderoso sector de los medios cada vez más resuelto abiertamente a apoyar al oficialismo. Pero sobre todo agravada por la miopía y la tozudez de la mayoría de dirigentes del Frente de cualquier tendencia y camarilla existente.

En estas circunstancias, la capacidad del partido de izquierda para llegar al Ejecutivo está seriamente cuestionada y sus posibilidades de ganar y mantener el respaldo de la gente más allá de sus cuadros más leales son inciertas, más aún si los conflictos no parecen haber concluido, dado que los escándalos pueden seguir multiplicándose.

¿Será que el FMLN está condenado a no acceder jamás al poder?, ¿será que el Frente o la izquierda se convertirá en la eterna oposición del gobierno sin jamás conseguir ocuparlo? Es muy difícil decirlo, pero a juzgar cómo están las cosas en el seno de ese partido pareciera que sí, que están condenados a hacer de las derrotas por el ejecutivo su forma de vida política, de la misma manera en que el sandinismo nicaragüense —con más arraigo entre la población— lo ha sido hasta hoy. ¿Cuál es el camino entonces? La verdad es que definir eso tampoco es tarea fácil, pero sin duda el FMLN no puede vivir culpando a los demás, a la derecha, a los medios, a la Embajada y cuanto sector se le oponga para alcanzar el poder.

El Frente, poblado de dirigentes históricos, debería saber eso cuando se decidió a aceptar las reglas del juego y luchar por el poder desde la trinchera política, en un país que ha sido más bien una gran hacienda familiar de la derecha. De alguna manera, la crisis de credibilidad pública que sufre el Frente en la actualidad es primordialmente su propia responsabilidad.

El Salvador necesita de un partido de izquierda fuerte, de la misma forma que necesita de un partido de derecha fuerte. Y la fortaleza no vendrá de su rigidez ideológica y de la capacidad de polarizar con el otro, vendrá de su capacidad para comprender a la gente y trabajar efectivamente por ella. Ése es quizás el mayor reto del sistema de partidos en la actualidad: que sus integrantes se

conviertan en verdaderos representantes de los intereses populares. Sin embargo, en las actuales circunstancias el desafío parece más crucial del lado izquierdo del espectro, que el FMLN esté finalmente preparado para asumirlo es cada vez más incierto. Este pequeño país centroamericano no se puede seguir dando el lujo de elegir a sus gobernantes sobre el criterio del mal menor, con un amplio segmento de la población que sencillamente no encuentra alternativas ni posibilidades de vida política y económica. El reto está allí y seguirá estando hasta que alguien se decida a afrontarlo para bien o para mal del país y su gente.

José Miguel Cruz
Director del Instituto Universitario
de Opinión Pública de la UCA

